

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelmas

U.S.

LA NOVELA METRO - GOLDWYN



EL
CADETE
MAS VALIENTE

15
POR
Richard Barthelmess

50 Cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA METRO-GOLDWYN

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis-BARCELONA-Teléf. 4423 A.

EL CADETE MAS VALIENTE

Interesante producción, interpretada por

RICHARD BARTHELMESS



Es un film de la famosa marca

FIRST NATIONAL

Distribuido por

Metro-Goldwyn Corporation

Malorca, 220 - BARCELONA

Prohibida la reproducción.

Revisada
por la censura gubernativa.

EL CADETE MAS VALIENTE

Argumento de la película

Pine Level, Estado de California del Norte, no estaba en contacto con el resto del mundo más que por medio del correo o de algún agente viajero que llegaba allí de tarde en tarde.

Los Stafford eran los aristócratas de Pine Level y jamás se olvidaban de ello. En todas partes hacían remarcar su ilustre alcurnia, exigiendo de los demás vecinos la consideración a que pensaban tener derecho.

La familia de los Stafford estaba constitui-

da por una señora viuda y su sobrina, que contaría a la sazón veinte años, una muchacha llamada Silvia, flor de sencillez y distinción como la violeta.

Vivía con ellas, Beltrán Stafford, hijo de la viuda, mozalette arrogante que pensaba ser dueño de Pine Level... y hasta del mundo. Nadie se cruzaba en su camino por temor a encontrarse con aquel joven que no entendía de bromas.

Beltrán estaba muy enamorado de su prima Silvia, aunque hasta entonces no se había atrevido a confesarle su amor más que por medio de mudas demostraciones de simpatía. Silvia, por el contrario, no parecía muy entusiasmada ante el proyecto de matrimonio.

Tenía gran confianza en su primo, sentía por él un afecto puramente fraternal, sin asomo ninguno del sentimiento del amor. Reservaba su corazón para otro hombre.

Una mañana correteando los dos primos por el jardín de su casa, la señora Stafford se llegó a ellos y dijo:

—Beltrán, no molestes más a tu prima. Y has el favor de ir al correo.

—Beltrán es tan perezoso, tía, que no quiere ir por él — dijo Silvia.

—En efecto — dijo Beltrán —, hubiera preferido quedarme aquí. En cambio, Silvia siempre está dispuesta a visitar las oficinas de Correos. Parece un cartero horario.

Silvia se disgustó por aquella reticencia de su pariente y se alejó melancólica en dirección a la Administración de Correos.

Pero la verdad era que ella estaba más interesada por el hijo del administrador de Correos que por la Administración.

Con paso lento, pensando en un elegante mozo que no era precisamente su primo, se encaminó hacia la oficina.

En el departamento de Correos se encontraban hablando a la misma hora, el Administrador y su hijo Duncan.

Este muchacho explicaba al autor de sus días las ansias de ilusión que nacían en su espíritu juvenil.

—Si lograra conseguir mi nombramiento para ingresar en la Academia de West Point, sería la mejor cosa que me podría suceder en la vida.

—Yo estoy seguro de que lo lograrás.

—Dios te oiga, papá.

Era este el gran anhelo de Duncan: ir a

la Academia Militar, vestir el uniforme de cadete para servir después a su país formando parte del ejército.



...su hijo Duncan.

La Administración de Correos estaba situada junto a la estación ferroviaria.

Paró breves minutos el tren y echaron des-

de el coche furgón una valija de correspondencia. Entre las distintas cartas para los moradores del pueblo, el administrador descubrió una para su hijo. Llevaba el membrete de la Academia Militar.

—¡Duncan! ¡Carta de la Academia! ¿Lograste ya tu deseo, hijo mío?

—No sé, padre. Voy a ver. Qué emoción produce abrir una carta, ¿verdad?

Rasgó nerviosamente el sobre y sus ojos devoraron rápidamente estas líneas:

Sr. Duncan Irving, hijo.

Pine Level, Carolina del Norte.

Muy señor nuestro:

De resultado del examen para su admisión en la Academia Militar de los Estados Unidos, nos complace manifestarle que reúne usted las condiciones reglamentarias para ser admitido como cadete.

Queda usted, por lo tanto, facultado para presentarse en persona en la Academia Militar de West Point el día primero del corriente, antes de las doce.

De Vd. afmos. á. s. q. e. s. m.

Berthems,

Colonel.

—¡Padre... padre... lee... mi sueño dorado!

El viejo administrador que había soñado tanto como su hijo en que llegara este momento de vestir el uniforme derramó lágrimas de gozo al leer la carta.

Los dos se abrazaron viendo colmadas sus ilusiones y esperanzas. Y aquel muchacho, criado en un ambiente rural, pensaba en las grandezas del ejército, en las glorias que podía alcanzar a través de los años vistiendo el uniforme. ¡Tal vez llegase a general! ¡Todos los generales habían sido cadetes!

Poco después acudía Silvia y al enterarse de la importante noticia se unió a la alegría de ambos hombres.

Ella recogió las cartas que llevaba para su familia y fué a dar un paseo por la carretera bordeada de álamos, acompañada de su amigo Duncan.

Duncan amaba a Silvia y ella le quería tam-

bién, pero sin atreverse a corresponder a este amor, tan imposible. ¡Estaban tan distanciados en cuanto a posición social! A ella esto no le interesaba, ni era obstáculo alguno para su



Duncan amaba a Silvia...

querer, pero, ¿cómo iban a consentir nunca los Stafford un matrimonio desigual?

Anduvieron lentamente los dos en la hora matinal, dulcemente bañada de un hermoso sol.

Se detuvieron unos momentos en el camino. Ella se apoyó contra un árbol, sintiéndose conmovida por el silencio rumoroso del campo.

—Si tú me escribieses de cuando en cuando — le decía él — estoy seguro de que ganaría mi grado con más seguridad y rapidez. ¿Me escribirás, Silvia?

Acarició una de sus manos con ademán tímido y pudoroso.

—Mi tía y mi primo no lo permitirían nunca...

—¿Por qué?

—Tú no puedes comprender... Ellos son así... Tan engreídos... tan soberbios...

Oh, Silvia, ¿qué importan ellos si te quiero yo?... Si tú me dices aunque sólo fuera una esperanza, ¡qué feliz me marcharía!

Bajó ella los ojos...

Duncan, acercándose más y más a la doncella, pretendió darle un suave beso como prenda amable y cariñosa de su pasión.

En aquel momento pasó un jinete cerca de ellos que detuvo en seco su caballo. Era Beltrán.

—Bravo — rugió —, Silvia, ¿qué significa

tu presencia aquí con ese hombre? A esto le llamas ir al correo, ¿no?

Silvia calló, avergonzada de que hubiesen



—Mi tía y mi primo no lo permitirían nunca...

descubierto su intento de besarse... Duncan miró arrogante al jinete que venía a interrumpirle en lo mejor de su plática.

Siempre había odiado a aquel vano y engreído aristócrata... que pasaba sin saludar por

los caminos a ninguno de los moradores del pueblo, considerándoles gente inferior.

Por su parte, Beltrán odiaba con todo el



—Si tú me dieras, aunque sólo fuera una esperanza...

desprecio profundo de su alma al hijo del Administrador de Correos.

Una mezcla de superioridad y celos le hacía mirarle con desafío.

¿Quién era aquel sujeto para atreverse a ir de paseo con su prima Silvia?

—¿Qué haces aquí? — preguntó—. ¿Qué hace ese hombre a tu lado, Silvia?

—Duncan se marcha a la Academia Militar donde ingresa como cadete y se ha despedido de mí — contestó la muchacha.

Durzan le contemplaba taciturno.

Una gran carcajada desfiguró el rostro de Beltrán.

—Tiene gracia la cosa — dijo—. ¿Tratar de hacer un oficial y un caballero de semejante palurdo!

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? — gritó Duncan.

—Contigo no tengo por qué hablar... Pero a ti, Silvia, vergüenza debería darte el tratar con gentes que no son de nuestra condición. ¡Antipático cazador de dotes!

V espoleando su caballo continuó su camino agitando despectivamente la fusta que llevaba entre sus manos.

—¿Por quién me ha tomado ese hombre? — gritó Duncan—. ¿Qué se ha creído? Nos ha insultado a los dos.

—Déjale, no le hagas caso — suplicó lloriqueando la muchacha.

—Tengo que pedirle una explicación.

Y lanzóse a toda marcha tras el caballero hasta lograr ponerse a su alcance.

—Eh, señor Beltrán — le dijo —, ¿podría usted decirme que significan sus palabras?

—Pero... ¡alrudo... ¡por qué te atreves a detenerme?

Y agitando el látigo lo descargó contra el muchacho varias veces hasta que Duncan se desplomó en tierra.

Contenno de su obra, como un señor feudal que tiene derecho sobre la vida y hacienda de sus víctimas, siguió adelante, tarareando una canción.

Silvia indignada corrió al encuentro del muchacho que se levantó con dificultad.

—¡El miserable!... Pero déjale, Duncan.

Y confesó con una sinceridad humilde:

—Tú tienes un casijo y él no... Yo sé que siempre me he de sentir orgullosa de ti... muchacho.

—Silvia, ¿Es verdad que me quieres?

Ella repitió y selló la afirmación con un gentil beso en los labios.

Y Duncan, creyéndose un dios, se dispuso a olvidar la ofensa inferida por Beltrán.

Sentía tener que separarse de Silvia pero la Academia Militar era su porvenir, su mañana, la seguridad de días mejores y venturosos. Y estaba seguro además de que ella le esperaba.

Al día siguiente, el valeroso muchacho, el honrado y noble mozo que no quiso vengar el ultraje de Beltrán partía en dirección a la Academia donde una juventud venida de todos los Estados se preparaba para mandar en lo futuro el gran ejército del país.

El lema de la Academia Militar de West Point es este: El deber, el honor, la patria. ¡Palabras sacrosantas por las cuales es necesario dar la vida cuando conviene!

En la Academia de West Point la juventud de la nación aprendía las artes de la paz, y la disciplina para la guerra. Sus corazones se hacían fuertes. Su voluntad quedaba subordinada al deber, en todo y ante todo. Las virtudes gloriosas de los antepasados revivían en los nuevos cadetes con un culto divino de gloria.

Emocionado, ligeramente aturdido ante la novedad, Duncan Irving llegó a la estación de West Point. Descendieron del tren muchos cadetes, jóvenes que por primera vez iban a incorporarse a las tareas de la Academia.

Esta se encontraba cerca de la estación, en un gran castillo de piedras grises y carcomidas por el tiempo.

Duncan, cargado con su equipaje, caminaba por las calles empinadas que conducían a la Academia donde iban a transcurrir para él los meses futuros.

La cuesta era dura y descansó unos instantes para tomar aliento. Trabajó conversación con otro muchacho que también estaba inscrito por primera vez en el cuadro de los cadetes.

—Soy Roberto Dumble, de Brooklyn — dijo—. Supongo que usted también va a la Academia, ¿es cierto?

—Sí — respondió Duncan —. Y celebro encontrar a un compañero. Yo soy Duncan Irving, de Pine Level.

—Ah, ¿usted es de Pine Level? Debe usted conocer, por tanto, a Beltrán Stafford, ¿no?

—¡Ya lo creo! — dijo riendo Duncan — y su prima la señorita Silvia es una preciosidad...

Simpatizaron inmediatamente. Dumble había estado alguna vez en Pine Level y conocía de vista a Silvia. Y esta coincidencia hizo que sellaran ya para lo sucesivo una franca amistad de camaradas.

Y continuaron su camino hasta pasar el puente del castillo y penetrar en el amplio par-

que rodeaba toda la fortaleza y donde se inscribía a los novatos.

Con ríos y polres de todas partes del país, Duncan se encontró en aquel momento frente a su primer día de rigurosa disciplina.

Tuvo que alincarse en una larga hilera de muchachos para que le tomaran la filiación.

Los oficiales, con sequedad militar, iban adquiriendo datos respecto de los nuevos alumnos.

Aquel día Duncan aprendió que aquel que está llamado a mandar debe aprender primero a obedecer.

Había dejado afuera de la Academia su libertad; ahora se convertía en un hombre esclavo de un mando superior e inflexible.

Tomaron su filiación, los datos sobre su familia y especiales condiciones de él, y luego un oficial le entregó un papel escrito:

—He aquí la lista de los objetos que no puede usted llevar consigo — le dijo.

Duncan leyó:

Armas de fuego.

Licores.

Tabacos.

Cigarrillos.

Cuchillos.

Dulces.

Anillos.

Alfileres de corbata.

De aquella larga relación, él llevaba únicamente unos dulces y unos cigarrillos. Tuvo que tirarlos en un cesto colocado ya para recibir los objetos prohibidos.

Después, reunido con otros muchachos, fué con ellos a tomar posesión de su dormitorio y a vestir el traje militar.

Y Duncan, con otros candidatos, se convirtió una hora más tarde, en cadete de primer año, miembro de la clase inferior, un verdadero cero a la izquierda comparado con sus superiores.

Comenzó el penoso período de la instrucción y tuvo que aguantar las palabras enérgicas y sin contemplaciones de un sargento de pocos amigos.

Después de tres horas de hacer el ejercicio y aprender el manejo del fusil, los reclutas formaron para su primera marcha al comedor, seguidos de todo el cuerpo. En el refectorio

se iniciaban amistades que duraban toda la vida.

Los cadetes de los últimos años miraban con cierta sonrisa de misericordia a los novatos. No querían tratos con ellos, estableciendo una desigualdad que molestaba a los de abajo. Pero aquéllos tenían el orgullo de los cursos aprobados ya, de las ciencias aprendidas durante los anteriores períodos.

Y aquel mismo día en el comedor, Duncan trabó una nueva amistad: la del cadete Clay "El Taciturno", un muchacho alto y delgado, concentrado en sí mismo, que apenas hablaba con nadie pero que se confió inmediatamente a Duncan con una simpatía cordialísima.

Y Duncan conoció a los dos compañeros que debían ser para siempre sus mejores amigos: Roberto Dumble y Clay "El Taciturno".

*
**

Pasaron tres años, tres cursos aprobados por Duncan. Durante este tiempo una gran intimidad se había desarrollado entre él y sus amigos Dumble y Clay. No existían secretos entre ellos; les unía un verdadero espíritu fraternal.

Beltrán Stafford, que desde muchos años antes tenía la intención de ingresar en la Academia de West Point, no se había decidido a hacerlo hasta aquel principio de curso, cuando ya Duncan comenzaba el cuarto año.

Beltrán tenía poca o ninguna vocación militar, pero su madre sentía el orgullo de que el muchacho vistiera un llamante uniforme, y tanto insistió la buena señora para conseguirlo, que finalmente Beltrán dejó la molición de su existencia de rentista por la actividad saludable de la Academia.

Pero Beltrán era un rebelde. Y el primer día que ingresó en la Academia, tuvo que soportar a regañadientes las órdenes de sus superiores que no admitían excusa ni dilación.

Además lo que le ponía fuera de sí era que le mandase alguno de los cadetes de cuarto año... Sentía contra ellos una verdadera antipatía y es que no ignoraba que estaba allí Duncan Irving, aquel pobretón de Pine Level que, ahora, por circunstancias del destino, era su superior.

Un día, Beltrán, en su dormitorio hablaba con su compañero de cuarto, otro cadete de primer año.

—Si alguno de esos cadetes de la clase superior se imagina que me va a mandar, está muy equivocado — dijo.

—Beltrán, te aconsejo que dejes a un lado tus arrebatos de ira. Pueden costarte caros.

Duncan que estaba encargado de la vigilancia de los cuartos de aquel sector de la Academia, entró en el departamento de Beltrán.

Conocía también la existencia de aquel muchacho en la Academia, pero al contrario de Beltrán, no le odiaba, considerándose superior

a los odios pequeños de antes. Ahora todos eran hermanos en la gran familia militar.

Duncan contempló friamente al novato que estaba de pie ante él mirándole con cierta hostilidad.

Por un momento, al verle ante él, pasó por sus ojos el recuerdo de aquel día en que Beltrán le azotó despiadadamente, pero quiso borrar de su imaginación aquella escena inoportuna.

Duncan durante aquellos años de ausencia no había recibido carta alguna de Silvia. Pero esto era valor entendido, pues de haber descubierto los familiares de Silvia un idilio epistolar, tal vez hubiesen llevado muy lejos a la muchacha para que no tuviera ocasión de tratarse más con el cadete. Y Duncan confiaba en que ella le esperaba.

Las miradas de Beltrán y Duncan se cruzaron y como Beltrán permaneciese con cierto aire indolente ante su superior, éste le dijo con un tono de voz que no admitía réplica:

—¡Firmes, señor Stafford!

Beltrán se cuadró, maldiciendo interiormente a su enemigo.

Luego Duncan comenzó a inspeccionar el

dormitorio, examinando el armario, donde la ropa estaba guardada sin orden.

—Señor Stafford — gritó—, ya le tengo



—¡Firmes, señor Stafford!

dicho que arregle su armario como lo ordena el reglamento.

Y tiró a tierra las prendas de ropa para que luego las pusiera en buena disposición.

De pronto, vió en el fondo del armario un

retrato de mujer: el de Silvia. Sintió una gran melancolía... ¡Ay, aquella imagen! ¡Es que le había olvidado, pues, la dulce amada?



—...yo le tengo dicho que arregle su armario como lo ordena el reglamento.

Nada quiso decir, considerándose abandonado y vencido por Betrán que poseía riquezas e influencia bastante para lograr aquel amor.

—Regresaré más tarde a pasar revista al cuarto — dijo tristemente.

Y se alejó con los ojos melancólicos por el descubrimiento de la fotografía.

—¡Maldito seas! ¡Ojalá no vuelvas nunca!
— dijo en voz baja Beltrán sintiendo por su superior un infinito desprecio.

Cuando hubo marchado, dijo Beltrán a su compañero:

—El país está perdido cuando tios de esa clase pueden darnos órdenes.

—Los generales Lee Phersing y Grant se sometieron a estas ordenanzas... ¿De qué se queja usted? — protestó el otro, que era un buen cadete.

—Usted tampoco me entendería... Hay gente que le gusta recibir palos...

—¡Cuidado, Beltrán!

—Dejemos esto, porque no nos entenderíamos...

Y se dispuso a arreglar el armario ante el temor de algún arresto grave.

Unos días más tarde, Silvia, la muchacha que no había podido olvidar nunca a Duncan, encontraba en una calle del pueblo, al Administrador de Correos.

—¿Se habrán encontrado Duncan y mi primo en West Point? — preguntó.

—Seguramente, porque he recibido una carta de mi hijo en la que me habla de ello, Olga usted.

Y desplegando una carta leyó:

... y me gustaría saber si la señorita Silvia vendrá a visitar a su primo a quien creo está prometido...

Silvia escuchó sorprendida aquellas líneas:

—No es cierto que estemos prometidos — dijo—. Haga el favor de decírselo... se lo pido por favor.

—Bien, señorita, cumpliré su encargo...

—¿Y querrá tener la bondad de añadir que mi tía piensa llevarme a pasar una semana a West Point?

—¡No faltaba más!... ¡Lo contento que se pondrá mi hijo!

Y se despidió de ella para escribirle rápidamente a su Duncan aquellas buenas noticias. Adivinala el vejete con los ojos de la experiencia que a Silvia no le era indiferente el militar.

A la semana siguiente Silvia acompañada de su tía fué a West Point. El objeto que llevaba

allí a la tía era el de ver a su hijo, pero Silvia deseaba hablar con su querido Duncan.

V por primera vez, después de su partida de casa, Duncan se encontró con la dulce joven, y como lo hicieran miles de cadetes antes que él, la llevó por el Camino de los Amores, la famosa Alameda de West Point.

¡Si la tía y Beltrán hubiesen sabido que mientras ellos conversaban, Silvia se encontraba entregada a una dulce conversación amorosa con Duncan! ¡Qué indignación la de ellos!

Duncan habíase estremecido de felicidad al conocer de propios labios de la muchacha que ella no era la prometida de su primo. ¡No, de ningún modo!

Se habían detenido en la Alameda, junto a una roca enorme que parecía ir a caer sobre los dos enamorados.

El cadete, con una sonrisa picaresca en los labios, habló:

—Dice una vieja tradición que el día que una muchacha le niegue a un cadete un beso en este lugar, se desplomará esa roca...

Ella sonrió, esquivando los labios que quería besarla.

—Pues... no se ha caído... aún...

—¡Se va a caer si tú no me das un beso! ¡No quieres! Piensa en mi soledad, en mi tristeza separado de ti...



...Duncan se encontró con la dulce joven.

Ella, ruborosa y tiada, como una novia adorable, le besó... Y permanecieron un momento unidos, abrazados estrechamente, saboreando la delicia infinita de su cariño honrado.

Luego volvieron a la Academia... Ella fué

al encuentro de su fia para marchar al cercano hotel de la ciudad, mientras el cadete volvía a su dormitorio. ¡Qué feliz se sentía! ¡Amar, ser amado! ¡Cabe mayor dicha para un alma joven?

Al siguiente día, Beltrán, a consecuencia de una falta contra la disciplina, fué arrestado en su cuarto durante veinticuatro horas. La indignación del muchacho era violenta.

—Maldito sea este arresto... La culpa la tiene Duncan... pero ya me las pagará...

No estarías arrestado si trataras de cumplir con tu deber obedeciendo las órdenes que te dan — le contestó un compañero.

—Yo sólo te digo que me he de vengar de ese miserable.

Y pasó las horas haciendo proyectos contra Duncan.

Llegó el Carnaval de West Point... El castillo fué iluminado... Los cadetes habían decorado su parque para hacer honor al sexo bello... Sus mamás, sus hermanitas, sus novias...

Se celebraba un baile... Silvia bailó varias veces con Duncan ante la creciente indignación de Beltrán a quien se le llevaban todos los demonios. ¡Cómo odiaba a ese rival triunfante!

Porque él no podía tomar parte en el baile, reservado a los alumnos de cuarto año que iban a acabar en breve la carrera.

Veía desde un rincón el éxito de su enemigo, la confianza con que se abandonaba en brazos de la muchacha...

Y sombríos pensamientos de venganza se agitaba en su corazón. Descaba castigarle, hacer algo contra él, pero sonado y terrible.

Su madre procuraba calmarle con sus palabras, atribuyendo el desasosiego de Beltrán a no poder bailar como los otros muchachos más adelantados.

—Cuando hayas completado tu cuarto año podrás tomar parte en todas estas cosas...

—Va lo sé — respondió siniestramente.

Y con la mirada siguió persiguiendo a su enemigo, con infinita ansia de caer sobre él y estrangularle.

Mientras bailaban, como Silvia pidiese noticias a Duncan sobre el comportamiento de su primo, el cadete se las dio muy desconsoladoras.

—Estoy preocupado por ese chico — dijo—. La disciplina se le hace muy cuesta arriba.

—Vela por él, te lo ruego... Tú has aprovechado mucho el tiempo, pero él es tan poco voluntarioso como siempre... ¿Me prometes ayudarle?

—No le conoces aún bien del todo. Es discolo, orgulloso, necio... No me permitiría que le diera ningún consejo. Pero haré cuanto pueda por él... Cualquier cosa ya que tú me lo pides...

—Gracias, Duncan... El es mi primo... y

si no por Beltrán, quiero que lo hagas por su madre.

Luego llegó la hora de la partida... Los familiares abandonaron la Academia. Duncan se despidió de su amiga, diciéndola con hondo amor:

—Para cuando reciba mi grado en junio... ¿me permitirás que me vuelva a declarar?

—Sí, Duncan...

Y le estrechó la mano con una caricia de verdadera promesa. La quería... Y cuando él fuese ya teniente, su tía no tendría otro remedio que ceder a la boda.

Volvieron a desaparecer de la Academia las dulces femeninas voces para quedar únicamente las palabras fuertes y rudas de los hombres de existencia disciplinada.

Y después del toque del silencio, en el parque, algunos alumnos de los años superiores se divertían a costa de los cadetes novatos.

Era Dumbé, uno de los dos intimos de Duncan, el que se reía de lo lindo de los cadetes a los que obligaba a formar corna y a permanecer en cuclillas.

Duncan y otros compañeros presenciaban riendo la broma.

—Caballeros — decía Dumble—, este mundo no es más que un charco... y los hombres y las mujeres no pasan de ser unos... sapos.



—¿Me permitirás que me vuelva a declarar?

Y entre vosotros se halla el sapo mayor del charco...

Y señaló riendo a Beltrán que temblaba de cólera ante aquellas bromas a su costa.

—¡Ahora salta y canta como un sapo! — dijo Dumble.

—¡No quiero! — gritó Beltrán con los ojos encandilados por el odio.

—La palabra de un cadete de cuarto año será ley para los del primer año... ¡Saltad y cantad todos! — dijo Dumble.

Todos, agachados, comenzaron a dar una serie de ridículos saltitos... todos, menos Beltrán.

Con el alma envenenada de odio, gritó:

—¡Me niego a servir de hazmerreir para la diversión de Duncan!

—¡Aquí nadie se rie de ti, ¿eh? — le dijo Duncan—. Todos nos divertimos honestamente. Y en, hasta por hoy, cada uno a su cuarto.

Los cadetes novatos desaparecieron más que de prisa, deseosos de librarse de nuevas bromas, pero Beltrán quedó ante Duncan, Dumble y Clay, mirando con altanería al primero.

—Has arabado ya de burlarte de mí, ¿eh? No sé cómo me aguantó para no castigar tu atrevimiento — dijo Beltrán.

Sintió Duncan un profundo deseo de azotar a aquel bellaco, pero se contuvo pensando que era el primo de su novia.

—La bruma no ha sido para ti, sino en general... Y además, yo no la he iniciado.

—Lo que tú te has propuesto es hacerme servir de ludibrio...

Gritaba con desafuero, con plebea provocación, en brutal actitud que chocaba en aquel lugar de suma corrección y disciplina.

—Anda, anda, Beltrán — dijo Duncan, conciliador —, cálmate un poco... y ecte a dormir... El sueño despejará tu cabeza.

—No admito órdenes tuyas... No vengas dándote tono porque eres cadete de cuarto año... yo te he conocido cuando eras un chiqueto poltreón en mi pueblo.

V en sus palabras puso todo el rencor de que era capaz su alma inoble.

—Hasta, te he dicho. ¡A dormir!

—¡No acataré órdenes tuyas! ¡Pedazo de Don Nadie!

Dumble y Clay quisieron lanzarse contra el ofensor, pero Duncan les contuvo.

—No sé por qué no te castigo — dijo —. Hago una cosa peor, despreciarte. Márchate a tu cuarto.

—No me da la gana... Eres tan soez y ordinario... como tu padre... — gritó Beltrán.

Llamearon unas gotas de luz en los ojos de Duncan al sentir ofendido el nombre de su padre. No pudo contenerse. Le fué imposible evitar el movimiento impulsivo de su brazo. Y le dió un puñetazo en la barbilla, derribándole al suelo de un solo golpe.

Beltrán quiso incorporarse, tocóse el mentón y una sonrisa siniestra apareció en sus labios.

—¡Déjame ir — rugió —, maldito seas... no me toques los ojos!

E inmediatamente se puso las manos ante los ojos como si le dañaran.

—Levántate, nadie te ha tocado los ojos — protestó Duncan.

Pero Beltrán comenzó a quejarse angustiosamente.

—¡Dios mío... me han cegado... me han cegado!

Y se señalaba los ojos como si hubiera perdido para siempre la luz. Pero en el fondo de su espíritu malvado, sonreía.

Veía bien, nadie le había tocado los ojos. Mas dispuesto a dañar y perjudicar al hombre que odiaba, inventaba la estratagema de que le habían dejado momentáneamente ciego.

—¡Mis ojos... mis ojos!... — exclamaba con fingido dolor.

Dumble y Clay no podían ocultar su exaltación.



Y le dió un puñetazo en la barbilla...

—Nadie te ha tocado... ¿por qué mientes? Si te dió en la barbilla... — dijo Clay.

—No, no... he quedado ciego!... ¡No veré más... socorro... mis ojos!...

Mentía bien, como un cómico consumado... Duncan se sentía furioso ante aquella infame farsa.

En el silencio de la noche los gritos de auxilio de Beltrán se escuchaban siniestramente.

Los tres amigos se miraban sin saber qué hacer. El infame, ¿por qué gritaba así? ¿Quién le había tocado?

—Salid en seguida — dijo Duncan a sus amigos—. Ya me quedará solo con este hombre—. Salid o esto nos va a costar la carrera a todos.

—Pero no podemos dejarte aquí... Este hombre miente... tú no has querido hacerle daño.

—Si investigan esto — dijo Duncan — todos vamos a sufrir las consecuencias... ¡Salid de aquí, por Dios!

Los dos amigos, accediendo a sus ruegos, marcharon, dejando solos a Duncan y a Beltrán. Este permanecía en el suelo quejándose de amargos dolores.

Un oficial, atraído por los gritos, llegó hasta ellos.

—¿A qué viene este escándalo? ¿Qué hacen ustedes aquí?

Beltrán sollozó con voz afligida:

—Me han cegado de un golpe, señor...

—¿Cómo? ¿Es posible? ¿Y quién le pegó a usted?

Adelantóse Duncan noblemente.



—...¿quién le pegó a usted?

—Yo le pegué, mi capitán, pero le di en la nuca, no en los ojos...

—¡Miente... miente! — gritó el miserable Beltrán—. El me clavó sus puños en los ojos... no veo... estoy ciego...

Comprendió Duncan que ante aquella tremenda acusación no podía defenderse, y bajó anonadado la cabeza. ¿Qué iba a hacer contra el destino?

—¡Parece mentira!... ¡Estas peleas!... — dijo el capitán—. Duncan, vaya a su cuarto y permanezca allí... hasta nueva orden...

Cuadróse Duncan y víctima de la mala intención de su compañero se dirigió a su dormitorio a esperar órdenes.

Comprendía que su situación era francamente dolorosa... ¿Qué iba a pasar?

Mientras tanto, el capitán levantó a Beltrán y lo condujo a la enfermería.

Al día siguiente comunicaron a Duncan que quedaba arrestado... Y el muchacho permaneció largas horas en su habitación hasta que llegó el instante de formar el Consejo de Guerra.

En vano se defendió ante el severo Tribunal. El "ciego" le acusaba a pesar de que no se veía ninguna lesión en sus ojos... Los médicos atribuían a la impresión del golpe, la pérdida momentánea de la vista.

El Consejo decretó la expulsión de la Academia de aquel "mal" compañero.

Y despojándose de sus ropas de militar para vestir las de paisano, el pobre Duncan tuvo que abandonar la Academia, viendo rotas en un momento, por una maniobra infame, las esperanzas de su porvenir.

Se despidió de sus compañeros Clay y Dumble. Estos le abrazaron, conmovidos ante la traición.

Duncan marchó un atardecer a la hora solemne de la puesta de sol, en el momento de la parada y el saludo a la bandera.

Formadas las tropas en cuadro, la música tocó el himno nacional, mientras los soldados presentaban armas y era arriada la enseña de la patria.

Llorando, Duncan se descubrió, comprendiendo que nunca más volvería a presenciar aquella escena solemne.

¡Adiós Academia militar, compañeros buenos, adiós! Y se alejó, cargado con su equipaje, desesperado, deseando morir...



Unos días después, al ser declarado físicamente incapacitado, Beltrán halló muy conveniente el recuperar la vista.

Sonreía tranquilamente, viéndose rebajado de todo servicio, y con los ojos perfectamente sanos.

Ahora al darse cuenta de la burda maniobra de haber recobrado la vista, Clay y Dumble no pudieron acallar su indignación.

—Has mentido miserablemente... Nunca te ha ocurrido nada en los ojos. Eres un imitador — le dijo Clay.

—¡Cuidado con lo que se dice! — protestó Beltrán.

—Te aconsejamos que te largues de aquí... y mientras más lejos... mejor.

—No se preocupen por mí — dijo riendo

sinistramente Beltrán—. Esta vida de Academia revienta... Pienso pedir la baja... Quiero marcharme a la América del Sur.

Aquel mismo día solicitó la baja. No le interesaba permanecer en la Academia, cuyas prácticas y obligaciones se le hacían irresistibles. Además, él había conseguido ya su objeto: que expulsasen a Duncan y cayese sobre él el epíteto de la deshonra. ¿Qué más quería?

Y abandonó la Academia de West Point entre la indiferencia casi hostil de sus compañeros...

Pasó el tiempo. Y llegó el día en que debía efectuarse la graduación de los alumnos de cuarto año en West Point.

Duncan, que se encontraba en Nueva York luchando en la vida comercial, recibió un telegrama de su amigo Dumble.

Graduados tristemente sin ti... Nos sentimos orgullosos de ser tus amigos. Abrazos de Clay y míos.

Dumble.

El trabajo que había endulzado ligeramente sus dolorosos recuerdos no sirvió en aquel ins-

tante para acallar su inmensa melancolía... ¡Todo perdido! ¡Su grado de teniente... hasta su amor!...

Cuántas veces había intentado ver a Silvia, siempre se le había negado la entrada. ¡Ella tal vez le considerase culpable de aquella infamia!

Pero ahora volvió a sentir el deseo de sincerarse ante la mujer que quería, y pediría perdón.

Y subiendo al tren se dirigió de nuevo hacia su pueblo natal de Pine Level.

Después de almorzar a su padre se dirigió a casa de los Stafford.

Encontró a Silvia, quien le miró tristemente, apartándose de él como si le repugnara su presencia.

—Hace tanto tiempo que lucho por verte dijo él—. Es preciso que ahora me escuches.

—No... no... lo que hiciste con mi primo no tiene perdón... ¡Dejarle casi ciego!

—Esto no es verdad. Yo voy a explicarte como fué todo, Silvia.

Apareció la señora Stafford, la madre de Beltrán, y al ver al agresor de su hijo, le dijo furiosa:

—¿Cómo se atreve usted a mirarnos la cara después de lo que ha hecho a mi hijo? Hasta los periódicos se ocupan de ello. Lea usted.

Le entregó un diario y Duncan, emocionado, leyó:

Uno de nuestros jóvenes perdido en América del Sur.

Los guías indios dicen que tres ingenieros, uno de ellos Beltrán Stafford, desaparecieron en la selva.

Las amistades de la señora Stafford echan la culpa a Duncan Irving, quien lo lastimó de tal modo en West Point que se vio obligado a dejar la Academia y luego fué a buscar fortuna y tratar de hacer carrera en América del Sur, formando parte de la expedición que ha terminado tan desastrosamente.

—Señora, yo siento lo ocurrido, pero...

—Beltrán estaría vivo si hubieses tú cumplido tu promesa de poner freno a tus celos — dijo Silvia.

La señora Stafford había marchado. No quería permanecer ante el culpable de lo sucedido a su hijo.

—¿Te dijo Beltrán que fué a causa de los celos que reñimos? — preguntó Duncan a la joven.

—Sí...

—Es falso.

—No puedo permitir que digas que Beltrán mintió cuando no está aquí para defenderse.

—Entonces — preguntó el joven dolorido — si Beltrán hubiese muerto, ¿creerías tú siempre que fué por culpa mía?

—¡Sí... y yo no puedo querer a un hombre que causó la ruina de uno de los míos!

—Yo haré lo imposible para que resplandezca la verdad — dijo Duncan severamente.

Y allí mismo pidió comunicación telefónica con West Point. Se puso en el aparato el cadete Clay.

—Comenzáis las vacaciones, ¿verdad? Pues deseo que me acompañéis... Acabo de averiguar que Beltrán Stafford se ha perdido en América del Sur y quiero ir en su busca.

Clay creyó que su amigo se había vuelto loco.

—No es cosa de broma — le dijo Duncan—. Si queréis acompañarme en la expedición, os lo agradeceré. Simo, me irá solo... Salgo esta misma noche para West Point.

Dejó el teléfono y sonrió a Silvia que le contemplaba atemorizada, sin saber qué decir ante aquella inesperada actitud.

—Tu primo ha desaparecido — dijo Duncan—. Pues yo iré a buscarlo. No supongas que lo hago por heroísmo sino para justificarme ante tus ojos... Te amo y tú me amas, y no quiero que un miserable arruine nuestras vidas.

—No, no quiero que te marches — protestó ella—. ¿Es que crees que esto va a operar un cambio en mí? Para que lo sepas, ¡estoy prometida a Beltrán!

—¿Cómo te han engañado! — protestó Duncan—. Beltrán se aprovechó de tu bondad... de tus buenos sentimientos... Pero yo iré a buscarle y le haré confesar que mintió, que yo no le pegué por celos y que nunca toqué sus ojos.

Ella pareció conmoverse.

—Pues bien — dijo la muchacha que, a pesar de todo, sentía el calor tibio de aquella pasión—, si llegas a hablar con Beltrán, dile que siempre me consideraré su prometida hasta que oiga de sus propios labios que es... indigno de mí.

—Has de oírlo, si Dios me da suerte... Y adiós, Silvia. Yo nunca te olvidaré... He de volver rehabilitado.

Y salió rápidamente de aquella casa...

Silvia quedó aturrida, dudando de lo que debía pensar... Aquel muchacho... ¿era posible que fuese, pues, inocente? ¿No había pegado a Beltrán?... Y esperó también confiada a que se hiciera la luz en la sombra...

Dumble y Clay aprovecharon su época de vacaciones para acompañar a la América del Sur a su compañero Duncan.

Este se sentía poseído de gran energía... Iba a buscar a Beltrán, al hombre que le había arruinado... y deseaba encontrarlo vivo... Le arrancaría de la muerte para hacerle confesar que había mentado.

Va en la selva se dividieron en dos grupos, Dumble siguió por el río, con varios guías, y cargado con los equipajes, mientras Duncan y Clay se internaban en la selva con unos guías de dudosa fidelidad.

El único medio de comunicación que tenían en aquel inexplorado país, era el heliógrafo.

Duncan, enterado del sitio donde habían visto pasar anteriormente a la expedición de Bel-

trán, preguntó a un guía que hacía además de intérprete cerca de los otros indígenas:

—Pregúntales si han visto señales de unos blancos por aquí...

El hombre hizo lo que le mandaban y luego contestó:

—Dicen que hay tres hombres muy enfermos a dos semanas de camino aquí.

—¿Tenemos suficientes comestibles para dos semanas si seguimos adelante?

—Sí...

Y comenzaron la tormentosa marcha por el laberinto intrincado de la selva. Les animaba el mismo ideal: buscar cuanto antes a Beltrán. Pero iba pasando el tiempo y tuvieron que comer únicamente medias raciones.

Dumble seguía con sus hombres por el río y estaba frenético temiendo les hubiera ocurrido algo a sus compañeros. El tenía a su cuidado toda la impedimenta del equipaje.

Después de unos días de penoso avance por la espesa selva, Clay, dejándose caer al suelo, dijo a Duncan:

—Lo siento, Duncan, pero tengo esos malditos escalofríos otra vez... No voy a poder andar...

Dejóse caer en tierra, presa de temblores horribles... Duncan lo levantó, conduciéndolo en hombros un largo trecho.

Luego Clay volvió a dejarse caer en el suelo, incapaz de moverse.

—¡Me siento morir! — dijo—. ¡Sálvate tú... dejadme!...

—¡Oh, no!... ¡Aguárdame aquí!... ¡Voy a explorar el camino!...

Se apartó de él internándose entre gigantescos árboles.

Los guías, cuya fidelidad era poco tranquilizadora, al ver desaparecer a Duncan se echaron sobre Clay robándole el dinero que llevaba y además las pocas provisiones que les quedaban.

Luego desaparecieron retrocediendo el camino hecho, mientras Clay daba gritos de socorro.

Duncan volvió al lado de su compañero y se enteró del abandono. ¡Los infames guías! ¿Qué iban a hacer ahora ellos dos perdidos en la inmensa selva, expuestos a las fieras y al tormento del hambre y de la sed?

—Es inútil seguir — dijo Clay—. Tratare-

mos de llegar al río... quizás logremos hacerlo y encontrar a Dumble.

—¡Animo, amigo mío, pobrecito Clay... apóyate en mí!...

Y siguieron avanzando, bebiendo del escaso vino que quedaba en la cantimplora y que Duncan generosamente le cedió en su mayor parte.

Y mientras, allá en Pine Level, Silvia leía un telegrama que Duncan había puesto, antes de internarse en la selva, a su padre y que este le había entregado a ella.

Informa a la señora Stafford que he seguido la expedición hasta este punto. El éxito parece seguro. Todo el mundo bien.

Duncan Irving.

¿Cómo iba pensar el padre de Duncan que en aquel instante su hijo se encontraba en una situación desesperada?

Y así pasaron otros días en la selva, en que los dos hombres, Duncan y Clay, se vieron consumidos, agotados por el hambre y la fatiga.

Dumble, temiendo les hubiera ocurrido algún

grave perenne, corrió en dirección a la selva, con un grupo de hombres de unas exploraciones de madera.



— ¡Animo, amigo mío!...

Descubrió Dumble, durmiendo en la selva y borrachos como cubas, a los guías que habían salido con Duncan.

— ¡Camillas! — les gritó —, ¿Dónde están

mis compañeros? ¿Dónde les habéis abandonado?

Los guías, embotados por la embriaguez, le señalaron una dirección y hacia ella corrieron el buen oficial norteamericano y sus hombres.

Al cabo de unos días, Duncan y su compañero Clay, con los trajes rotos, se hallaban francamente extenuados. Especialmente Clay se sentía morir. Su compañero conservaba aún la serenidad de la esperanza.

Estaban cerca de un río...

De pronto Duncan creyó percibir un rumor, como el de unos pasos que se acercaran.

— Juraría que es algo — dijo.

— Sí, seguramente arroynelos de cristalina agua... magnífica carne asada... y esas endiabladas cotarras — dijo delirando el pobre Clay.

Pero Duncan siguiendo en sus investigaciones descubrió un cuchillo.

— Por aquí ha pasado alguien... ¿qué es eso?

Y vió en un árbol, talladas por un cuchillo las iniciales B. S.

— ¡El... él ha estado aquí! — dijo con fos-

ca alegría—. Ya sabía yo que lo encontraríamos...

—Los Estados Unidos... Broadway... pan caliente... agua limpia — decía el pobre Clay, aniquilado por las privaciones de la marcha.

—¿Por el amor de Dios, Clay! ¡Confía... no perdamos la esperanza!

Se habían alimentado hasta entonces de extraños frutos de los árboles, bebiendo agua sucia...

De pronto los dos hombres vieron que avanzaba hacia ellos un ser humano, pero que tenía el aspecto de un habitante de la selva. Unos harapos cubrían a medias su cuerpo, y enormes barbas enmarañadas ocultaban las facciones de su rostro...

Duncan se acercó y le reconoció en el acto. ¡Era Beltrán Stafford! Los ojos le brillaban sin siniestramente a este hombre como en la Academia...

—¡Stafford... Stafford! — le gritó Duncan.

El atúlido se detuvo; contempló con expresión incoherente a aquellos hombres casi tan abandonados como él. Pero su rostro no pareció denotar ninguna emoción. No les reconocía.

—¿Beltrán? ¿No nos conoces? — siguió diciendo Duncan—. Somos Clay y Duncan... Abre los ojos, míranos, hemos venido por ti...

Ahora sí que les reconoció el miserable y lanzó una gran carcajada estremecedora.

—¿A qué habéis venido? ¿Es que queréis perseguirme?

—He venido para aclarar la verdad — dijo Duncan, mientras Clay seguía sin aliento, tumbado en el suelo—. Voy a llevarle a nuestro país si salimos vivos de esta expedición... y allí te obligaré a confesar que mentiste a Siviá...

—¡Ah, comprendo! — dijo Beltrán con una sonrisa espantosa—. Creíste que regresaría hecho un héroe y que tendrías mucho éxito con ella... Pero en esto como en todo te ha salido el tiro por la culata...

—No es cuestión ahora de disentir... sino de salvarnos... Hemos de mirar de salvarnos... Dumble debe venir a nuestro encuentro...

Con repentina inspiración se encaramó en lo alto de un árbol y puso sobre una de las ramas su vacía cantimplora de metal.

De venir Dumble a buscarles, su heliógrafo brillaría sobre el metal.

Esperaron junto al árbol... Con infame sonrisa Beltrán siguió explicando su miseria.

—No quiero ir contigo... ¿qué me importa ya todo? Aquí nos moriremos... Mira, los dos compañeros de mi expedición murieron también... Hemos de seguirles... Y ella, Silvia, no será nunca tuya... nunca... ¡Ja, ja, ja! Yo le hice creer que me habías cegado, y ella lo creyó como una tontuela... Los dos, tú y yo, nos vamos a morir aquí. Y ella me seguirá creyendo... siempre... siempre... hasta después de mi muerte.

—¡No... tú no morirás!... Tú vas a regresar para decirle que... que mentiste!... ¡Pero tú no morirás!...

Y recalcaba las frases zarandeándole, deseando más que su propia salvación, la de aquel canalla.

Clay, sin ánimos para decir nada, callaba o pronunciaba palabras incoherentes.

¿Es que iban todos a morir allí? Beltrán, debilitado por el hambre y la sed, ya no tenía fuerzas para hablar.

Pasaron unas horas... Y de pronto... vieron brillar en la cantimplora un rayo ardiente como una esperanza.

—¡Oh! — dijo Duncan, esperanzado—. ¡Es él que llega!... ¡Dumble que viene a salvarnos!... ¡Por fin!

Efectivamente, Dumble, por medio del heliógrafo, al ver el rayo de luz de la cantimplora, descubrió el rastro de sus amigos.

Poco después llegaba hasta ellos, y los tres camaradas se confundían en estrecho abrazo...

Dumble llevaba víveres, provisiones y una barra para poder regresar por el río... Estaban salvados.

Clay se sintió reanimado por el buen vino... y en cuanto a Beltrán, a pesar de sus propósitos de muerte, se sintió también inundado de felicidad al ver otra vez la vida...

Y les siguió cabizbajo hacia el exterior de la selva...



Algún tiempo después regresaban todos a la patria... Duncan, enérgico y fuerte, con la serenidad que da la justicia, obligó a que Beltrán confesara a su prima el engaño de que la había hecho víctima.

De este modo Duncan quedaba rehabilitado ante los ojos de la sociedad.

Beltrán, arrepentido de su conducta, fué a esconder su vergüenza en Nueva York... Pero ya no haría nada bueno... La sombra del pasado le iba persiguiendo como su castigo... Lo había perdido todo, amigos, carrera, amor... Y la señora Stafford, la orgullosa aristocrática, lloró mucho esa desdichada conducta de su hijo.

Un día, Duncan recibió una carta de la Academia Militar. Gracias a determinadas gestio-

nes hechas por el padre de Dumbie, hombre de mucha influencia, y comprobada además la inocencia del joven, volvía a ser admitido:



...Casóse Duncan con Silvia en la capilla de West Point.

... y le comunicamos que ha sido usted re admitido en la Academia Militar de West Point por orden del secretario de la Guerra...

Llegaba para él la rehabilitación... y hasta

el amor... Cuando alcanzase el título, se casaría con Silvia que había llorado mucho por haber dudado de la nobleza e hidalguía de aquel cadete valiente.

No se opuso ya la señora Stafforil a aquella boda. ¿Para qué? Ella recriminaba también lo hecho por su hijo y le parecía que Silvia debía casarse con Duncan para darle de este modo una compensación a sus sufrimientos.

Y un día, al finalizar el curso, después que hubo recibido su nombramiento de segundo teniente, casóse Duncan con Silvia en la capilla de West Point.

Fueron sus testigos los buenos camaradas Clay y Dumble, y los dos novios pasaron bajo el arco triunfal que formaban las espadas de sus compañeros, desenvainadas en su homenaje.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La gran novela

**LA FRIVOLIDAD
DE UNA DAMA**

por

**Pola Negri, Rod La Rocque
y Adolph Menjou.**

Pida a su librero los dos últimos éxitos de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
EDICIONES ESPECIALES

BEN-HUR
y
EL DEMONIO Y LA CARNE

por **Ramón Novarro y Greta Garbo,**
John Gilbert y Lars Hanson, res-
pectivamente.

Acaba de aparecer en la Biblioteca
literaria

«NUESTRO CORAZÓN»

la emocionante novela de
FÉLIX LEONNEC

LECCIONES DE LA VIDA

cuyo asunto cautiva desde el principio
hasta el fin.

Si usted la lee, la recomendará.
Es una gran obra en un elegante
volumen.

PRECIO: 1 PESETA

La mejor colección de novelas
sentimentales.

